Jennie Howard

Una maestra norteamericana en el Litoral

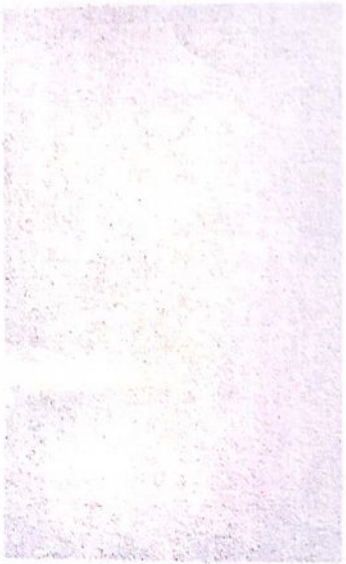

Imagen: archivo personal de la autora.

Jennie Howard
(1845-1933)

Jennie Howard llegó a la Argentina en 1883, integrando una delegación de sesenta y una maestras y cuatro maestros norteamericanos contratados por Sarmiento para organizar el sistema de educación normal en el país. Tenía 38 años, una larga y exitosa carrera docente y muchas ganas de ver mundo. Había nacido en el estado de Massachusetts, cerca de Boston, en una casa de clase media protestante. Sus profesores le recomendaron asistir a la Universidad o dedicarse a la literatura, pero Howard no pudo hacerlo porque la situación económica de su familia la obligó a hacerse cargo de sus hermanas menores y a absorber los costos de la educación universitaria del único hermano varón.

Comenzó a trabajar como maestra siendo muy joven y llegó a ser directora de una escuela de 800 alumnos antes de afrontar el desafío de viajar miles de kilómetros para reiniciar su carrera en un país extraño, del cual no conocía siquiera la lengua. La motivación de Sarmiento para contratar maestras extranjeras preferentemente protestantes era clara: buscaba que ellas inculcaran a los futuros maestros y maestras argentinos una educación laica, con valores morales del puritanismo sajón. Elegir mujeres fue una decisión económica: para educar a un pueblo bien y barato, solía decir Sarmiento, nada mejor que las mujeres. Para estas maestras, viajar a la Argentina representaba una aventura, porque con sus salarios jamás accederían a los viajes de turismo de la clase alta.

Howard organizó la Escuela Normal de Mujeres de Corrientes, fue regente y vicedirectora de la Escuela Normal de Mujeres de Córdoba y luego fue trasladada a la Escuela Normal Mixta de San Nicolás como regente y profesora de crítica pedagógica y de aritmética. En 1908, el ministro de Justicia e Instrucción Pública Juan Ramón Fernández le concedió una pensión, que luego le sería retirada. Aunque en 1893 volvió a su país pa-

ra la Feria Mundial de Chicago y realizó otras visitas después de jubilada, se instaló definitivamente en Buenos Aires, donde murió a los 88 años, después de haber vivido medio siglo en la Argentina. Sus últimos años los dedicó a fundar clubes para servir a los norteamericanos que vivían en Buenos Aires y participó en la creación de la Young Women's Christian Association.

Los fragmentos que siguen son parte de un libro –In Distant Climes and Other Years *(1931)– que fue publicado en inglés en Buenos Aires. Tiene un tono sumamente impersonal y generaliza sus experiencias de los primeros años en la Argentina hablando de todas las maestras. También reflexiona sobre los drásticos cambios que se vivieron en el país desde 1880 hasta fines de la década de 1920 e incluye referencias a la geografía y a la historia y loas a Sarmiento.*

Defensora de la modernización y de la profesionalización de la mujer, Howard es el prototipo de la mujer independiente de las primeras décadas del siglo XX.

El principio y final de un viaje por mares lejanos

Hace cuarenta y seis años, el conocimiento geográfico que en los Estados Unidos de América se tenía de la República Argentina, aun entre los maestros, se limitaba principalmente al antiguo nombre de la Patagonia. Éste aparecía verticalmente en los mapas de América del Sur de los libros de geografía de la época, atravesado por el extraño nombre de Buenos Aires, que ellos pronunciaban "Bonus Airs". La otra referencia con que se contaba eran las ilustraciones que había en esos mismos libros, de largas filas de carretas que cruzaban planicies interminables. Tan distantes parecían esas remotas y fabulosas tierras y tan escasa era la información que se podía conseguir respecto de ellas, que poco interesaba saber hacia dónde iban esas carretas o de qué lugar procedían.

Si por casualidad algunas personas habían oído mencionar a Sarmiento como el representante progresista de algún país ante el gobierno de los Estados Unidos, pocas en proporción lo asociaban con la tierra de aquellas carretas tiradas por bueyes. Después de un tiempo comenzó a circular el rumor de que en verdad, el mismo Sarmiento había persuadido a tres o cuatro valientes maestras norteamericanas para que fuesen a su desconocido país natal a colaborar en la implementación del sistema de las Escuelas Normales de los Estados Unidos de América.

En 1883, una de esas maestras, la señorita Clara Armstrong, regresó a los Estados Unidos de vacaciones con autorización del Gobierno argentino para traer más colegas de su país. Al mismo tiempo viajó el agente de una gran firma comercial norteamericana radicada en Buenos Aires –Samuel B. Hale y Compañía–, con la autorización del mismo gobierno

para contratar a algunas maestras del estado de Nueva Inglaterra. Esto despertó, especialmente entre las posibles candidatas, una mayor curiosidad sobre la Argentina.

Para mayo de 1883, veintitrés maestras –dos de ellas de las Escuelas de Boston y las restantes de los estados del Centro y del Oeste– habían decidido responder al llamado. Algunas de estas jóvenes aceptaron el ofrecimiento inducidas por un espíritu de aventura o por el deseo de cambiar de escenario y de ambiente; otras, se sintieron atraídas por la perspectiva de realizar un trabajo mejor, en tierras menos cultivadas, donde los resultados podían ser reconocidos más rápidamente. Hubo un tercer grupo que lo hizo por un elevado ideal de ampliar horizontes, en un impulso por ayudar a quienes tenían menos oportunidades educacionales.

Pocas de estas maestras habían viajado alguna vez lejos de los estados donde habían nacido y ninguna tenía conocimientos del idioma español, que era el que se hablaba en la República Argentina; tampoco se daban cuenta de que todo el trabajo que iban a acometer en la nueva empresa debía realizarse en esa lengua. Ninguna tenía amistades en el país y como ya se ha dicho, no conocían prácticamente nada de aquella lejana tierra, de modo que el coraje que las decidía a ir era el de la ignorancia. Las pocas personas que habían visitado la Argentina narraban tristes historias del largo y peligroso viaje, de extrañas costumbres, de los estragos terribles de la fiebre amarilla y del cólera, enfermedades a las que, según ellos, habían sucumbido muchos extranjeros. A pesar de esos cuentos horripilantes y de los escalofríos internos que provocaban, algunas maestras aceptaron el ofrecimiento, renunciaron a sus puestos e hicieron rápidos preparativos para unirse a la señorita Armstrong en su regreso a aquel país.

Como no existía línea directa de buques de pasajeros entre Nueva York y Buenos Aires, era necesario embarcarse desde Liverpool. El 24 de julio de 1883, un grupo de catorce mujeres –nueve habían salido ya– partieron de Nueva York hacia Inglaterra a bordo del vapor *Alaska*.

Hubo muchas despedidas llenas de lágrimas, ya que los amigos profetizaban terribles experiencias para las ambiciosas viajeras. Aun así, las reconfortaba la presencia de la maestra

que había regresado con vida y que con su robusta figura y alegre semblante se daba prisa para retornar a su puesto de trabajo.

El gran buque soltó amarras y se internó en la cortina de niebla que envolvía el puerto de Nueva York y que ocultó con rapidez a los seres queridos que quedaban detrás. Quizás en ese preciso momento, cruzó por la mente de algunas de las maestras una duda pasajera sobre si era aconsejable haber aceptado así, tan irreflexivamente, una empresa en apariencia tan estupenda, pero ya era tarde para lamentos –si los había– y la sensación nueva del primer viaje por mar, incluyendo los mareos, pronto distrajo el pensamiento de toda otra preocupación.

Al llegar a Liverpool se enteraron de que el buque para Buenos Aires no zarparía hasta dos semanas después, lo que le dio al grupo una oportunidad para visitar la encantadora Londres y los lugares históricos que ellas conocían sólo en sueños o en los libros.

Fue, de hecho, como un sueño caminar por las naves de la Abadía de Westminster y asistir un domingo a un servicio religioso; visitar algunos de los lugares que frecuentaba Dickens; viajar por las calles londinenses oscuras; visitar la vieja Torre de Londres, la Catedral de San Pablo y echar una rápida mirada aquí y allá a otros sitios históricos; visitar la tumba de Shakespeare; hacer una excursión a Haddon Hall y pasar unos pocos días viviendo el esplendor y la alegría de París, para luego retornar a Liverpool y embarcar con destino a Buenos Aires el 18 de agosto, en el vapor *Maskelyne*.

En Liverpool despertó gran curiosidad la presencia de catorce mujeres procedentes de los Estados Unidos de América, la mayoría de ellas de menos de treinta años, con su equipaje de ochenta bultos cada uno con la marca "A-100 Buenos Aires, Argentine Republic". Algunos opinaban que las catorce estaban destinadas a ser doncellas del Ejército de Salvación; otros, que eran acróbatas de circo.

Las jóvenes, amontonadas sobre la cubierta del buque, prestaban poca atención al interés que suscitaban: con ojos sospechosamente húmedos agitaban las manos a un barco que pasaba rumbo a Nueva York.

A medida que las costas inglesas se desvanecían ante sus ojos, parecía que lo mismo ocurría con su propia tierra natal. Por primera vez se dieron cuenta de lo lejos que pronto estarían y todo lo que les sucedería hasta el retorno, que ahora veían tan remoto.

A pesar de todo esto, afrontaron con valentía la nueva vida que se les abría. Después de uno o dos días de retraimiento forzoso, ante la imposibilidad de abandonar los camarotes (donde el moblaje fijo les permitía asirse a algo), fueron llegando todas las maestras, una a una, a tomar su lugar por fin en las sillas de cubierta. Se veía que habían hecho grandes esfuerzos por estar presentables. Ya repuestas, las tres semanas de viaje que restaban resultaron para la mayoría de ellas deliciosas.

A medida que pasaban las olas ribeteadas de blanca espuma, se sucedían los sonrientes cielos estivales, los mares azules bañados de sol y las noches más serenas y maravillosamente bellas con un mundo de estrellas en lo alto y las aguas, abajo, iluminadas por destellos fosforescentes.

Se trabaron nuevas amistades, y las maestras, que en un principio no se conocían porque provenían de distintos lugares, estaban ahora ligadas por el designio común de encaminarse a realizar el mismo trabajo en nuevas tierras.

El amable capitán y su tripulación se encargaron de generar alegría y entretenimiento a bordo. Hubo paseos por cubierta a la caída de la tarde y conversaciones sobre la futura labor, sobre libros y experiencias, y algunas noches los marineros cantaron para ellas viejas canciones. Pasaron así los días rápidamente hasta que al fin el barco ancló en Montevideo, Uruguay.

Desembarcaron los pocos pasajeros que se quedarían allí y algunas maestras que deseaban tener su primera impresión de un país sudamericano. Otras prefirieron permanecer a bordo para completar los preparativos de fin de viaje ya que se estaban acercando a Buenos Aires. Pocas horas después el buque reanudó su marcha para anclar de nuevo, al día siguiente, a doce millas de dicha ciudad.

Después de los saludos de despedida a los corteses oficiales que quedaban a bordo, y al barco mismo –último eslabón que las ligaba a la tierra natal–, las maestras y sus ochenta piezas de equipaje fueron transbordadas a una falúa, pues en ese entonces era peligroso para los buques de ultramar aproximarse a la costa.

Por fin las maestras fueron desembarcadas al pie de una desvencijada escalera que conducía a un embarcadero largo y endeble. En la parte superior de la escalera, los "A-100" fueron rodeados por una multitud abigarrada de peones gesticulantes que farfullaban en un idioma desconocido y que se peleaban entre sí y también con las señoritas por la posesión del equipaje de mano. Un funcionario y algunos amigos norteamericanos e ingleses liberaron al grupo de la horda chillona y, una vez que los ochenta bultos pasaron por la Aduana sin ser revisados, las viajeras fueron acompañadas hasta un hotel.

Como no había suficiente lugar en el hotel principal para alojar a tantos huéspedes, se pensó que era mejor que todo el grupo permaneciera junto con el intérprete y fueron conducidas a otro hotel.

La caminata por las calles fue emocionante, pues era preciso andar con cuidado para no caer desde las veredas altas e irregulares a una calzada pavimentada con guijarros y generosamente sembrada de restos de animales y otros desechos.

De todas partes emanaban olores indescriptibles. El hotel donde finalmente fueron alojadas se llamaba Nacional, pero una de las mujeres lo bautizó "Nastier Than All".* El lugar tenía cerca de la entrada una puerta trampa que comunicaba con la parte baja donde se guardaban gallinas, cerdos, cabras, etcétera, por lo tanto cada vez que ésta se abría –lo que ocurría con frecuencia– penetraba un olor fuerte que invadía toda la casa.

Dos de las jóvenes señoritas compartieron un cuarto que, a semejanza de tantas otras habitaciones de aquella época, era una cueva cuyo único medio de ventilación era una puerta que daba a un corredor. De noche, el corredor se convertía en lugar de paseo para docenas de gatos desdichados.

Las ocupantes de esa habitación se despertaron por la noche al oír ruidos escalofriantes muy cercanos y vieron una media docena de gatos que arreglaban sus asuntos personales

* Más horrible que todo.

en el medio del piso. Después de aclarar el incidente de los gatos tampoco pudieron dormir en toda la noche a causa de unas pulgas de una voracidad y tamaño jamás mencionados por naturalista alguno. Desde ese momento resultaron un tormento tan incesante y general que, para conseguir unas pocas horas de sueño tranquilo, no hallaron otro método más eficaz que el de quitarse la ropa interior paradas sobre una mesa o una silla y desde ahí tirarse a la cama de un salto.

En casi todas las calles de la ciudad parecía haber una línea de tranvías tirados por pobres bestias, débiles y medio muertas de hambre, que se caían con frecuencia y eran castigadas con brutalidad. Estos tranvías iban provistos de cornetas en vez de campanas, y los continuos toques hechos en todos los tonos posibles debieron constituir, para los pobres animales, un aliciente más para echarse y morir, como hacían a menudo.

Había pocos árboles. Las hileras de casas de paredes bajas y blancuzcas cegaban la mirada cuando el sol ardía. Las calles estaban mal pavimentadas o sin rastro de pavimento, pero en las tiendas podía hallarse casi todo lo relativo a la moda y a la ostentación en vestuario.

Se invitó a las maestras a permanecer algunos días en Buenos Aires para que se fuesen acostumbrando al nuevo ambiente. Allí fueron objeto de muchas gentilezas y atenciones de parte de los argentinos, del ministro y cónsul norteamericanos y de sus familiares, así como de otros residentes norteamericanos, quienes, por aquellos días, eran muy escasos en número.

El director norteamericano de la firma Samuel B. Hale y Compañía –que había contribuido a traer a las maestras de Boston– y su familia, invitaron a varias maestras a su hermosa quinta ubicada en los alrededores de la ciudad. Su esposa era descendiente de próceres argentinos pero hablaba inglés y su hogar era típicamente representativo de la vida aristocrática sudamericana.

La casa, de un piso, con paredes de adobe y azotea, era amplia, construida sin método, de arquitectura colonial. Estaba rodeada de un gran jardín en el que había altos árboles vernáculos y una gran variedad de árboles frutales traídos de

los Estados Unidos, y flores que al dueño le recordaban su hogar en los Estados Unidos.

Durante las dos semanas de permanencia en Buenos Aires hubo una sucesión de visitas y obligaciones sociales, hasta que al fin las maestras recibieron del ministro de Educación sus designaciones temporarias para dos diferentes puntos donde debían quedarse para el estudio del idioma hasta el nombramiento definitivo en sus futuros lugares de trabajo.

Las maestras norteamericanas transforman los sueños en realidades

Retornemos al hotel "Nastier than all" y al grupo que estaba tratando de acostumbrarse al nuevo ambiente.

Las dos bostonianas recibieron instrucciones de proseguir a Paraná, adonde habían sido destinadas temporariamente otras nueve maestras de los estados norteamericanos del Centro y Oeste que habían llegado dos semanas antes. Como todavía no estaba terminado el ferrocarril a Rosario, sólo pudieron viajar por tren hasta Campana –distante de Buenos Aires alrededor de 50 millas– y seguir viaje en vapor aguas arriba del río Paraná para llegar al puerto homónimo a la incómoda hora de las tres de la mañana. Allí las esperaba un profesor de inglés de la Escuela Normal local, que con gran benevolencia las ayudó a desembarcar del buque anclado en medio de la corriente. Pronto se hallaron en un pequeño bote de remo, en el ancho río y a la luz gris e incierta de la mañana, sin otra cosa a la vista que las altas barrancas gredosas hacia las que el bote se encaminaba.

Al llegar a tierra, donde había unas estructuras que parecían barracas, tomaron una diligencia que las llevó por un camino irregular de más de una milla hasta el pueblo mismo, a un hotel administrado por un francés. El hotelero les brindó el mejor alojamiento posible: una habitación oscura y ma-

loliente en la que un naturalista habría encontrado un rico campo de estudio, ya que debía de haber pocas clases de insectos que no hubiesen formado hábitat en ella. Esto despertó en las norteamericanas sus instintos de Nueva Inglaterra, se empeñaron en desalojar a los otros habitantes a pesar de que Don Juan insistía en que habían evacuado enteramente la habitación antes de que llegaran las señoritas.

Una vez instaladas, emprendieron la tarea de absorber todo lo posible el idioma español en cuatro meses. Dedicaban sus días a estudiar mucho, visitaban con frecuencia la Escuela Normal para acostumbrar el oído al español y aprovechaban la ayuda de dos maestros, uno de gramática y otro de conversación. Sólo quien haya pasado por una prueba similar podrá imaginar las situaciones cómicas y de otro orden a las que se vieron expuestas en sus empeños entusiastas por hacer del español su propio idioma en tan poco tiempo. El temor de entender mal y de responder de manera inapropiada o irrespetuosa provocaba enredos casi imposibles de aclarar, o las hacía ruborizar por horas ante algún error absurdo. Así, por ejemplo, el de pedir calvos al dependiente de un negocio en lugar de pedir clavos o el de avisar al capitán de un barco que no había suficientes camisones para las damas y pedirle que les suministrara uno cuando lo hubiese, cuando en realidad se referían a un camarote, o el de presentar a un caballero como un caballo, etcétera.

Las únicas distracciones que tenían por aquellos días eran la incesante persecución de escorpiones, ciempiés y otros innombrables especímenes de historia natural, y los atardeceres en la azotea, donde el resplandor y los colores del sol sobrepasaban todo lo que alguna vez habían visto sus ojos, ya fuera en tierra o en mar.

Finalmente llegó para todas el momento de ir a ocupar los puestos definitivos para los cuales habían sido designadas y, después de largos y tediosos días de viaje en diligencia, algunas de ellas llegaron a las ciudades de Catamarca, San Juan, Jujuy, Mendoza y La Rioja, situadas al pie de los Andes, en las provincias homónimas. Tres se quedaron en Paraná, dos fueron enviadas a la ciudad de Rosario y dos a la de Corrientes.

Todas estas señoritas eran graduadas de escuelas nor-

males y fueron traídas para realizar trabajos especiales en esa clase de establecimientos: organizar nuevas escuelas, dirigir el centro de formación docente anexo, o para enseñar metodología u otras materias auxiliares a la labor de las escuelas normales ya establecidas. Una maestra especializada en educación preescolar se quedó en Paraná para poner en marcha el primer departamento destinado a la preparación de maestros para jardines de infantes.

El ministro de Educación tenía gran fe en la capacidad de las mujeres norteamericanas al enviarlas, después de cuatro meses de estudio del idioma, a lejanos rincones de la República, donde el inglés en la mayoría de los casos era raramente oído.

Con el español que las maestras podían manejar por entonces se esperaba no sólo que organizaran y administraran las escuelas normales sino también que enseñaran las materias más importantes relacionadas con la docencia, como psicología, metodología y ciencias de la educación, y que manejaran, además, toda la correspondencia oficial con el gobierno. El español era el único idioma que se hablaba y, por supuesto, no se empleaba otro en las escuelas.

Todo contribuía a poner a prueba la base misma en que se sustentaban los valores personales del común de las maestras norteamericanas: el trabajo, los grandes cambios de clima, de alimentación y de hábitos, la lucha contra el prejuicio y la ignorancia ocasional, el ocasional sentimiento hostil hacia las escuelas en ciertas clases.

De los contratiempos que sufrieron y de los sacrificios realizados por estas maestras pioneras poco han dicho ellas mismas, mas en la historia de aquellos días hubo algunas páginas sombrías, que pusieron a prueba sus entusiastas espíritus.

No se conoce demasiado que sesenta y cuatro maestros norteamericanos, en total, organizaron las escuelas normales de la República Argentina, las dirigieron o enseñaron en ellas.

Fue una hermosa idea del gobierno argentino la de erigir en Boston una estatua a Sarmiento como obsequio de los niños de las escuelas de su país, en beneficio de quienes dedicó su vida entera, esforzándose en llevar a cabo sus ideales con

la cooperación y asistencia de las maestras norteamericanas. Quizás aquellos que lean estas crónicas, al pasar frente a esa estatua piensen en la espléndida y heroica figura que representa y dediquen también un recuerdo al grupo de abnegadas mujeres norteamericanas que respondieron a su llamado, estuvieron bajo su dirección en su propia tierra lejana y lo ayudaron en la realización de su proyecto.

Cada vez más lejos

El 21 de febrero de 1884 a las 5 de la mañana, las dos maestras bostonianas, que finalmente fueron designadas para Corrientes, partieron otra vez en el vapor Paraguay. Se alejaban aun más de sus hogares y dejaban atrás en Paraná, con gran pena, a las nueve compañeras que se habían convertido en preciadas amigas.

El viaje fue un agradable descanso después de semanas de duro estudio, pero hacía mucho calor y las barrancas y peñascos arcillosos de ambas márgenes reflejaban el resplandor del sol, y si se veía alguna cosa verde, estaba tan achicharrada que el paisaje resultaba monótono y desolador.

El barco paró dos veces al pie de las blancas barrancas, tremulantes bajo la irradiación solar, en respuesta a una bandera levantada que señalaba que algunos pasajeros deseaban embarcarse. De dónde venían esos viajeros era un misterio, ya que no había a la vista ningún pueblo ni vivienda, pero era un alivio pensar que detrás de esas desoladas extensiones hubiese en alguna parte lugares fértiles con moradas de alguna clase.

A la puesta del sol arribaron a La Paz, la única ciudad que se vio en todo el viaje, si bien habían pasado por algunas de noche. La Paz resultó verdaderamente una escena de paz. Como estaba cerca del río, a medida que las sombras de la noche comenzaban a envolverla, la luz del sol inundaba las aguas

y la costa con un color magnífico, y finalmente la dejaban, cuando el resplandor terminaba de desaparecer, sumergida bajo las estrellas en una paz aun más profunda. Llegaron finalmente a la ciudad de Corrientes un domingo por la mañana –primer día de carnaval– y anclaron en medio del río. Como no había muelle, los botes iban hasta el barco para embarcar y desembarcar a los pasajeros. Esta costumbre se conservaba todavía después de construidos los muelles con el objeto de proteger a los boteros, ya que al ser demasiado perezosos como para aprender a hacer otra cosas o buscar distinta ocupación, hubieran perdido su único medio de subsistencia. Los buques, por lo tanto, después de cargar y descargar las mercaderías en el muelle, se retiraban hasta la mitad del torrente para dar oportunidad a los boteros de que se ganasen la vida.

Cuando el barco ancló frente a la ciudad se desencadenó una tormenta eléctrica terrible, una de esas tempestades como las que sólo se ven en los trópicos en las que la lluvia cae a chorros, el relámpago brilla en amplias extensiones y el trueno estalla como si los cimientos de la tierra se abrieran. El director del Colegio Nacional de Corrientes, que era un inglés, había sido notificado de la llegada de ambas maestras y prometió ayudarlas en ese desembarco un tanto dificultoso en tierras extrañas, pero no apareció. Los pasajeros que iban a Corrientes desembarcaron en varios botes, pero las dos maestras seguían quedando a bordo, pegadas a sendas troneras, con la mirada ansiosa puesta en la ciudad donde una solitaria palmera, abatida por el viento y la lluvia, parecía acentuarles la sensación de soledad y desamparo.

El buque iba a reanudar su marcha de un momento a otro. ¿Qué hacer, entonces, para llegar a tierra bajo una lluvia torrencial, en esas pequeñas y frágiles embarcaciones abiertas, con sus ocho baúles, sus cajones de libros y demás cosas, y con sólo dos pequeños paraguas?

De pronto, detrás de ellas, una voz bondadosa de acento extranjero preguntó: "¿Puedo ayudarlas en alguna forma, señoritas?". Se dieron vuelta y se encontraron con un desconocido morrudo y bronceado, a quien hubieran abrazado allí mismo por la generosidad de su tono. Este señor, que resultó ser el ministro de España ante el Paraguay, y que había estado

en Boston y en otros lugares de los Estados Unidos de América, se interesó por saber quiénes eran las dueñas de los baúles con la marca "Boston" y venía a socorrerlas.

Envió a tierra a su valet en busca del director, quien no había sido notificado de la fecha de llegada de las maestras y que apareció en seguida. Así, en medio del chaparrón que no cesaba, protegidas únicamente por sus pequeños paraguas, llegaron a tierra empapadas y chorreando agua, como pollos mojados con las plumas caídas. No encontraron lugar en los dos primeros hoteles que fueron a a ver por ser domingo de carnaval. Finalmente consiguieron una cueva del tamaño aproximado de una sombrerera actual, pero que debía servir para las dos. No había lugar donde secar las ropas mojadas y desconocían en qué condiciones se hallaban los libros. Permanecieron allí, sin embargo, hasta después de carnaval, cuando su bondadoso amigo, el director del Colegio Nacional, les halló una pequeña vivienda cerca de la escuela, con una habitación amplia, y les envió a su sirvienta para que las ayudase a hacer el lugar habitable. Quedaba sobre una pequeña bajada de la calle y cuando llovía mucho el agua corría hacia abajo y entraba por la puerta y las ventanas que se prolongaban hasta el piso. Fue necesario, por consiguiente, montar sobre ladrillos los baúles, las camas, etcétera, para que quedasen a cubierto de inundaciones repentinas.

El piso tenía ladrillos desgastados, desparejos y llenos de cavidades, por lo cual era necesario apartarse del consejo del doctor Hale y mirar hacia abajo y no hacia arriba al cruzar la habitación. El cielo raso era de una tela desflecada, pero las ocupantes consiguieron poner presentable la vivienda por un tiempo, y pronto dieron comienzo a las tareas escolares.

Esto último resultó sumamente interesante. Los alumnos estaban ansiosos por aprender y eran tan respetuosos, dulces y confiados como faltos de preparación para las exigencias de una escuela Normal. Era necesario volver a repasar la información básica en casi todas las materias.

Los habitantes de la ciudad estaban felices con la apertura de la escuela bajo la dirección de las maestras norteamericanas y rivalizaban unos con otros para agasajarlas. Dos días después de haberse instalado, cuarenta personas las visitaron

o bien les enviaron sus sirvientes con bandejas de frutas, flores o pasteles y ofrecimientos de servicios para cualquier cosa que necesitaran.

Se tenía el propósito de que fuesen a vivir al edificio de la escuela, pero estaba ocupado por una directora argentina suplente que no parecía tener ningún apuro en retirarse. Se produjeron entonces algunos incidentes poco felices; pero finalmente, con tacto, ganaron su buena voluntad, y se hicieron buenas amigas. La directora era viuda y, de sus cinco hijas, había nombrado a cuatro para cubrir puestos en la escuela.

Las dos norteamericanas le hicieron una visita de cortesía apenas llegaron, con un poco de inquietud por su escasa práctica en conversación general. Al entrar en la casa, la Señora las recibió con fría dignidad, no del todo compatible con su diámetro de barril, mientras que las cinco hijas formaron una fila solemne alrededor de la sala, mirando a las visitas sin decir palabra. Al producirse un momento de silencio, cosa que ocurrió varias veces durante la no muy animada conversación, una de las dos visitantes se refirió a cierta efigie que había sido quemada en la calle cercana y preguntó a quién representaba. A "Hoodas", contestó la Señora. Como las norteamericanas no recordaran haber oído mencionar a un caballero de ese nombre, una de ellas inquirió inocentemente si era argentino. La Señora, con manifiesto desdén ante tan imperdonable ignorancia, explicó que se trataba del que había traicionado a Cristo. Las cinco hijas se levantaron rápidamente y se retiraron de la sala. De este modo, mientras las maestras aprendían la pronunciación española de Judas, pensaron que era más prudente retirarse antes de que su español las expusiera a alguna ignorancia bíblica más.

La cortesía de los argentinos –niñas o muchachos, hombres o mujeres– está más allá de toda alabanza. Jamás se rieron del español de las maestras en clase, ni mostraron con palabras o gestos su sorpresa ante los errores en el uso del idioma, los cuales debieron haber sido graciosos y numerosos, sobre todo al principio.

Después de un breve tiempo, las dos maestras se mudaron a una casita vecina a la escuela, con un patio fragante de jazmines y rosas. Las habitaciones del pequeño edificio de

adobe, de un piso y azotea, eran poco espaciosas, pero pronto quedaron arregladas con gusto. Un inglés que habían conocido en el viaje dijo que una muchacha norteamericana se daría maña para transformar un desierto en un hogar solamente con un par de abanicos japoneses.

La vida en San Juan de las Siete Corrientes

Antes de ir a Corrientes, las maestras habían sido prevenidas de que encontrarían allí tres meses de invierno y nueve de infierno y, en efecto, la última parte de la información era correcta. Las noches eran más cálidas que los días, sin una brisa que refrescara la atmósfera sofocante, a tal punto que las almohadas, colchones y ropa de cama, empapados por la transpiración, debían ser puestos a secar a diario. ¡Y los mosquitos!... Para leer o coser en paz, aun durante el día, les era necesario sentarse bajo un tul protector y más de una vez se vieron obligadas a abandonar el comedor a causa de las nubes de mosquitos, traídas por el viento desde el Chaco, la gran zona boscosa ubicada río de por medio. En general, tenían que comer protegiéndose con el humo de un fuego semiahogado, que colocaban delante de la puerta.

Las cucarachas se ponían en fila sobre los estantes de la biblioteca y bastaba mirarlas para que desaparecieran en un instante. Mostraban marcada inclinación por Dickens, ya que las encuadernaciones verdes de esos volúmenes parecían satisfacer mejor sus apetencias literarias. Parece ser que el apetito cromático variaba según las zonas del país, porque según una de las maestras radicadas en Catamarca, las cucarachas preferían allí los libros encuadernados en rojo. Comían también guantes y carteras, obligando con sus depredaciones a que los baúles y cajones fueran vaciados con mucha frecuencia. Estos insectos alcanzaban el tamaño de una laucha.

Los ciempiés y escorpiones eran asiduos visitantes y una plaga más inquietante aún era la de la "nigua" que atacaba los pies, especialmente los de la gente más pobre, que andaba descalza. Si no se la extirpaba de inmediato, causaba úlceras, e incluso se podían llegar a amputar los dedos de la víctima.

Una noticia un tanto sorprendente para las maestras fue que las lavanderas no usaban jabón porque era demasiado caro. Utilizaban, en cambio, el excremento de caballos y vacas que metían en una bolsa y ponían a remojar junta con la ropa en un charco cerca del río, para luego refregar las prendas con una piedra y ponerlas a secar sobre la arena. No era para nada raro, en consecuencia, que los botones y la ropa durasen tan poco tiempo.

También se sorprendieron un tanto cuando la lavandera les informó que tenía cuatro hijos pero no tenía marido. En efecto, al darle sus condolencias por su viudez, ella exclamó: "Oh, yo nunca he sido casada por la Iglesia, porque en ese caso me hubiera obligado a someterme a Juan y a vivir con él, aunque abusara de mí; en cambio, así, si él no me trata bien, yo le puedo decir que se vaya". Quizás este argumento explicara parcialmente por qué la tercera parte de los nacimientos en aquel entonces eran ilegítimos. Los 50 pesos que cobraban los curas por celebrar los matrimonios completarían la explicación.

Resultaba espantosa la sed padecida por la falta de bebidas frías. Como por entonces se desconocía el hielo, la única agua fresca provenía del aljibe de algún amigo, de una cisterna para recoger agua de lluvia, o bien de un botijo envuelto en trapos húmedos y colgado a la sombra de un árbol. Las verduras escaseaban, con excepción de la mandioca y las cebollas, y podían llegar a transcurrir semanas sin que uno lograra ver una papa. La alimentación básica se componía de carne, pan sin manteca y naranjas de excelente calidad, que sus amigos les regalaban a menudo. Esta falta de vegetales no se debía a que el suelo no fuese apto para producirlos sino a que las personas que podían cultivarlo eran demasiado perezosas como para echar la semilla en la tierra. La leche era escasa y, si se la obtenía, costosa. Cuando provenía de lugares dis-

tantes, era transportada a la ciudad a caballo y en grandes tarros. Como la marcha acostumbrada del animal era un constante trote, para cuando la leche llegaba a destino se hallaba bien batida, el conductor entonces solía sacar con la mano los trozos de manteca que cubrían la parte superior del tarro para ofrecerlos al cliente como si fuera una sofisticada golosina.

Otra costumbre que todavía subsiste, aun en los suburbios de Buenos Aires, es la de arrear las vacas con sus terneritos de puerta en puerta para ordeñarles la cantidad requerida. Los pobres terneritos presentan a menudo un aspecto lastimoso y con sus débiles patitas vacilantes sobre el pavimento y, con sus hocicos embozalados para evitar que se sirvan de su alimento natural. El lechero los obligaba a seguir a sus madres por el temor de que a la vaca se le retirara la leche al no estar en presencia de su cría. Guardan las vacas en lugares llamados tambos, especie de establos, de los que las sacan a la calle dos veces al día, por la mañana y por la tardecita, para abastecer de leche pura a personas delicadas y a niños pequeños.

Corrientes era en sí una ciudad vieja, fue fundada en 1588. Tiene aspecto triste y ha sido víctima de muchas revoluciones que la agotaron. Fue fundada por el español Juan de Vera, quien le dio el nombre de San Juan de las Siete Corrientes debido a que ése era el número de corrientes formadas por los riscos y rocas del río. Su nombre indígena era Taragüí, que significa muchos lagartos.

Se dice que los nativos, que eran indios guaraníes, lucharon con gran furia contra los españoles hasta que un evento que consideraron sobrenatural los indujo a deponer las armas y 6000 de ellos se convirtieron al cristianismo. Los indios habían prendido fuego para destruir el poblado español y lograron incendiar todo menos la gran cruz erigida para señalar la fundación. Cuando arremetieron para derribarla, los españoles descargaron sobre ellos una andanada aniquiladora. Los nativos la creyeron un envío del cielo, y los que no cayeron muertos se sometieron.

Después de aquel episodio las dos razas llegaron a mezclarse de tal modo que el español se hablaba menos que el guaraní, y, en los primeros años, las tres cuartas partes de los habitantes de Corrientes revelaban la influencia de la sangre

indígena. Los guaraníes de pura sangre vivían en el Chaco y constituían una raza escuálida y de aspecto miserable.

Había algunas familias en Corrientes de ascendencia española pura y otras que hacían remontar su linaje a los reyes moros de España y se mostraban muy orgullosas de sus aristocráticos ancestros. Dichas familias eran, por lo general, acaudaladas y vivían dentro en un verdadero estilo patriarcal, con séquitos de sirvientes –una docena o más– que, al casarse, continuaban habitando con sus hijos y nietos, por generaciones, bajo el mismo techo, y proporcionaban un criado particular para cada miembro de la familia. Cuando un sirviente ya no podía trabajar más por su avanzada edad o por enfermedad, se le daba una pensión.

Los correntinos fueron estupendos amigos, francos y confiados, muy generosos y de muy buen corazón: hasta el día de hoy son los más leales y sinceros amigos de las maestras norteamericanas.

Aunque pobre y maltratada, Corrientes tenía sus momentos de transfiguración. Era una ciudad de jardines ocultos, con viejos patios coloniales invisibles para el transeúnte, pero envueltos en un clima de misterio y poesía. Por la noche, cuando la inundaba el brillante esplendor de la luna que transformaba las paredes deterioradas y las calles de tierra en palacios y sendas plateadas, y en el aire flotaba la fragancia maravillosa de los azahares, jazmines y rosas, mezclada con todos los perfumes tropicales de los huertos escondidos tras los muros, uno podía figurarse que vivía un sueño de magnificencia oriental y que el río cercano, que se deslizaba majestuoso, se convertía en una carretera plateada que llevaba a la "Arabia feliz".

Durante la permanencia de las norteamericanas en Corrientes se produjeron dos revoluciones. Una mañana temprano las maestras se quedaron en la cama pensando que estaban mejor protegidas de las balas que, disparadas por los combatientes en la calle, silbaban fuera de sus ventanas. Se suspendieron las clases y ellas se quedaron encerradas, con la puerta atrancada y a oscuras, ya que la ciudad estaba sin defensa –salvo unos pocos residentes extranjeros– porque la habían abandonado los argentinos físicamente aptos para reti-

rarse al otro lado del río. Una horda de individuos liberados de la cárcel se había unido a los revolucionarios, que se hallaban a seis millas de la ciudad con intenciones de saquearla. Por la noche, en medio de la oscuridad y el silencio, con las ventanas y puertas bien atrancadas, las maestras escucharon, de pronto y con ansiedad, un pasar de jinetes, un resonar de espuelas y un tintinear de armas. ¡Qué alivio experimentaron cuando, con las primeras luces de la mañana, supieron que había arribado desde Buenos Aires una unidad del ejército para proteger la ciudad y restablecer al gobernador, que había sido tomado prisionero!

Las norteamericanas hicieron una interesante excursión al Chaco, la gran selva en la margen opuesta del río Paraná, y encontraron allí a un irlandés que, con su esposa y tres hijas grandes, vivía en la espesura del monte, a millas de sus vecinos más cercanos y recibiendo visitas ocasionales de pumas y otros animales salvajes. Se había empeñado en encontrar la soledad o bien personas de su agrado. En su idioma vernáculo les refirió que había probado vivir en Inglaterra, pero que "los ingleses eran demasiado estirados" y no había podido tolerarlos; que había ido a Australia, cuyos habitantes le resultaron "aun más tontos que los ingleses"; que había marchado a Canadá, lugar en que "eran demasiado mezquinos para estar con ellos"; que se había trasladado a los Estados Unidos de América, de donde hubo de salir porque "pensaban demasiado en el dólar todopoderoso y eran muy mentirosos", y que habían venido por fin a la Argentina, a cuyos hijos hallaba "los más mentirosos de todos y como todos los demás eran demasiado afectos a la cortesía".

Viejas costumbres y algunos episodios

La Escuela Normal de Corrientes tenía edificio propio, lo que era bastante raro ya que la mayoría de las escuelas co-

munes de aquella época funcionaban en una, dos o tres casas particulares, según lo requiriera el número de alumnos. Sólo algunas tenían más de un piso; las aulas eran oscuras y mal ventiladas, carecían por lo general de ventanas y sólo contaban con las puertas que daban a un patio o a una galería para su ventilación. Las directoras de las escuelas solían vivir con sus familias en los mismos edificios ya que, como muchas de ellas estaban casadas, les resultaba cómodo salir de la clase en cualquier momento para amamantar a un hijo o preparar una comida.

Las niñas de las familias distinguidas siempre iban y volvían de la escuela acompañadas por sirvientas cuya obligación consistía en marchar detrás de ellas como chaperonas y llevarles los libros, porque se pensaba que el andar con paquetes era denigrante, y por ello la servidumbre era la que siempre debía cumplir esta tarea....

La Escuela Normal se organizó, según los métodos norteamericanos, con un curso de aplicación y un curso normal y como había tan pocas maestras preparadas, las norteamericanas enseñaban las materias que más se necesitaban.

Un día, una de ellas estornudó de repente mientras daba clase en un grado y de inmediato todo el curso, de cuarenta alumnos o más, se puso de pie diciendo: "Salud, Señorita". Como la maestra no comprendió el significado de la palabra, estuvo a punto de reprobar el desorden; pero los discípulos, sin una sonrisa, enseguida se sentaron y prosiguieron tranquilamente con sus tareas, demostrando así que es una cortesía desear a alguien buena salud cuando estornuda.

Los alumnos estaban habituados a estudiar las lecciones en voz alta, tanto en sus hogares como en la escuela, e imaginaban que de otra manera nada podía aprenderse de memoria. Como hasta esa época se estudiaban las lecciones palabra por palabra, con los puntos y las comas en su debido lugar, al pasar por las calles en vísperas de exámenes, se podía sospechar que había una revolución en marcha.

También parecía extraño, para quien no estaba acostumbrado, ver a los profesores y los alumnos de las escuelas de varones o mixtas fumando tranquilamente en los patios o corredores durante los recreos. En la actualidad es común ver

chicos de ocho o nueve años, o aun más jóvenes, fumando. Se trata de un hábito nacional y sería, de acuerdo con algunos hombres de ciencia, la causa de la poca estatura de la raza.

Aunque la pronunciación española borraba un poco la aparente irreverencia, resultaba algo difícil llamar a los estudiantes por el nombres Jesús o Jesús María, ambos impuestos a varones o mujeres sin discriminación. Ascensión, Encarnación, Concepción, eran nombres muy comunes para niña, aunque sin duda María era y es aún el favorito. En una familia de seis niñas todas llevaban este nombre seguido de algún otro, como por ejemplo: María Luisa, María Estela, María Isabel, María Teresa, María Juana y María Josefa.

En los registros de las escuelas mixtas algunas veces figuraban los apellidos de Baltasar y Nabucodonosor. Era y sigue siendo costumbre que una mujer casada lleve los apellidos de su propia familia y, a veces, los de sus antepasados, agregados al de su esposo, como por ejemplo: Señora doña Fausta Fernández García González de Agüero-Balcarce Giménez Castro Fuentes.

Los nombres españoles de los almacenes, las tiendas, etcétera, atraían la atención sobre sus mercaderías como, por ejemplo, "Carnicería de los ángeles", "El Almacén de la Luna" y "Los Habitantes de la Luna", en la esquina opuesta al anterior. Había también un almacén con el sugestivo nombre de "Almacén del Camino de la Igualdad" (camino del cementerio) y aun otro llamado el "Buen Diablo".

Por entonces los argentinos consideraban la gordura en las mujeres como un signo de belleza. Juzgadas con ese patrón, las damas de más de veinticinco años eran encantadoras ya que engordaban terriblemente como consecuencia de su afición por los dulces y su aversión a cualquier ejercicio físico. El nuevo régimen, o sea la introducción de la gimnasia en las escuelas de niñas, unido a caminatas, remo, esgrima y otros deportes, ha producido su efecto sobre las mujeres de hoy, que lucen una silueta más graciosa y menos cargada de carnes superfluas.

Las mujeres argentinas tienen, por lo general, ojos negros velados por largas y gruesas pestañas, cutis pálido, y son adictas al uso de polvos faciales. Aunque sin ser tan celebradas

por la belleza de sus rasgos como las peruanas, hay muchas hermosas mujeres entre ellas. Por lo común, contraen matrimonio entre los dieciocho y veinticinco años. Se alegran si tienen muchos hijos y los aman intensamente: cuanto más numerosa es la prole tanto más orgullosa se siente la madre. Había una familia que tenía dieciocho hijos, y cuatro más habían muerto.

A las jóvenes se las mantenía en una reclusión parcial. Nunca se las veía en público sino bajo la custodia de algún familiar de más edad o de alguna dama de compañía, y eran estrictamente vigiladas en lo referente a sus amistades con el sexo opuesto. Resultaba difícil imaginar la diferencia que existía entre la vida social libre de una muchacha soltera en los Estados Unidos de América y la vida controlada de una en la Argentina. Aun después de casada, seguía bajo la constante vigilancia de su marido, quizá más rígida que la de sus propios padres.

Los muchachos argentinos, por el contrario, tenían y tienen demasiada libertad y aprenden desde muy temprana edad todos los vicios sociales.

Cuando un joven argentino se encontraba en la iglesia, en un baile o en alguna otra reunión con una joven por la cual se sentía atraído, comenzaba de inmediato a rondar su casa, mirando con insistencia hacia la ventana o hacia la puerta hasta que la interesada advirtiera su presencia, tal vez por aviso de algún sirviente o vecino. Si la atracción era recíproca, ella devolvía las miradas del galán, que tornaba a pasar todos los días a la misma hora, y la encontraba siempre en la ventana. Se miraban entonces tiernamente, en silencio y por largo rato. Esto, como es natural, pronto era sabido en todo el vecindario y los padres de la muchacha, necesariamente enterados, comenzaban a averiguar respecto de la posición social y a la reputación del enamorado. Si los resultados eran satisfactorios, la pareja pronto se encontraba en algún baile o reunión y allí, bajo la mirada escrutadora de chaperones, con el pretexto de bailar o merced a otros medios adecuados, hallaban ocasión de conversar. Poco después el joven pedía permiso al padre para visitar la casa. Las visitas siempre tenían lugar en presencia de la madre o de toda la familia, y era común que la

joven estuviera por vez primera a solas con su novio sólo después de celebrada la boda.

Una de las costumbres extrañas para las foráneas era la observancia del luto en las familias argentinas. El luto se mantenía por un período muy largo y se guardaba un cumplimiento riguroso y exacto de reglas transmitidas oralmente. Por la muerte del padre, de la madre o del esposo el luto duraba dos años, y a veces tres. Durante los primeros quince días la casa permanecía cerrada, con las habitaciones oscuras y silenciosas; las mujeres de la familia usaban un manto negro sobre los hombros y una túnica del mismo color, aislándose por completo del mundo. Transcurrido ese período, estaba permitido llevar un vestido negro sin collares ni otros adornos, un pequeño velo sobre la cara y otro largo en la espalda, y se podía asistir a misa en las horas más apacibles, generalmente de mañana. No se podía tocar el piano y, aunque se recibían visitas de pésame, ellas tenían prohibido hacerlas, así como tampoco se les permitía concurrir a lugares de diversión. Las mujeres quedaban, pues, literalmente sepultadas en vida. Estas costumbres no afectaban a los hombres, quienes, al igual que los de otras nacionalidades, observan pocas reglas que no sean compatibles con sus propios gustos o conveniencias.

Cierta vez, las norteamericanas hicieron una visita de pésame a una señora cuyo esposo había fallecido hacía pocos días. De acuerdo a la costumbre, se presentaron con vestidos, sombreros negros y abanicos del mismo color. Fueron introducidas en una habitación donde la oscuridad, intensificada por negros paños que cubrían la alfombra, el piano, los cuadros y el mobiliario, era tan densa que a pesar de ser media tarde, les costaba distinguirse entre sí. A poco estar, entró la viuda de riguroso crespón y con un espeso velo sobre la cara que usaba para recibir a las visitas.

Como es tan breve el lapso entre la muerte y el entierro (sólo veinticuatro horas), no hay tiempo para preparar el luto. Por este motivo las mujeres de la familia no acompañaban –y tampoco acompañan actualmente– los restos al cementerio. Los parientes varones siempre asisten al sepelio, aunque muchos de ellos no llevan luto. Todavía se estila que los amigos, parientes y conocidos pasen la noche inmediata al falleci-

miento con los deudos. En esta oportunidad, las mujeres se arrodillan al lado del ataúd y rezan cada tanto por el difunto, mientras en otra habitación los hombres fuman, se sirven refrescos y cambian opiniones sobre diversos asuntos, y les dejan a las mujeres la ardua tarea de ayudar al alma del que se ha ido en su paso por el Purgatorio.

Entre las clases más bajas y en algunas partes del país, la muerte de un bebé o de un niño pequeño se consideraba un motivo de alegría porque, según ellos, el niño se había transformado en ángel, y sin duda tenían razón. Se lo velaba durante una noche y luego los vecinos lo pedían prestado para llevarlo a sus propias casas para participar, a su vez, de la suerte que la presencia del angelito traía consigo. Se colocaba el ataúd en posición vertical y había fiesta con bebidas y baile, a veces por dos o tres noches consecutivas, antes de que la pobre criatura pudiera finalmente dormir tranquila su último sueño.

La siesta era una costumbre invariable en Corrientes, como en casi toda la República. El calor era tan fuerte al mediodía que la mayor parte del trabajo se hacía con el fresco de la mañana. En la época de más elevada temperatura las clases tenían lugar entre las 6.30 y las 11.30, lo que daba amplio margen para dormir una larga siesta, ya que la gente se acostaba tarde.

El desayuno consistía en café o té –con leche cuando se conseguía– acompañado de pan. Se almorzaba a las doce y se cenaba a las seis. Los argentinos tomaban mate, que es un preparado de yerba paraguaya muy empleada en el país en lugar del té, y era cosa de verlos a toda hora en sus puertas y ventanas, chupando de un tubo de plata metido en una vasija del mismo metal, o de una paja en una pequeña calabaza, según las posibilidades de cada uno. El tubo, llamado bombilla, lleva un colador en un extremo para impedir que la yerba suba por él al producirse la succión. Era parte de la etiqueta, en todas las clases sociales, obsequiar mate a las visitas. Se usaba para todos la misma bombilla: el sirviente tomaba primero y después les cebaba a las visitas y a la familia. Se agregaba agua, por supuesto, varias veces.

En Corrientes había sólo dos familias que hablaban in-

glés, pero las maestras no las veían con frecuencia. A veces, sin embargo, una excursión al campo o a alguna residencia suburbana alteraba la monotonía de sus días dedicados por completo a las tareas escolares y al aprendizaje del idioma. Estos paseos campestres siempre dejaban imágenes agradables en la memoria: las grandes plantaciones de naranjos alineados en hileras simétricas con las frutas doradas; los limoneros blancos de flores fragantes y de frutos verdes y amarillos que parecían ramilletes abigarrados; las grandes plantas de geranios carmesí; los heliotropos violeta de tres o cuatro pies de altura; las verbenas blancas y de color escarlata esparcidas hasta donde se podía abarcar con la mirada; y los maravillosos penachos del pastizal pampeano, de color rosa y plata cuando la brisa los acariciaba, blancos plateados en su madurez. ¡Qué delicia hallar de pronto, en un tallo de vara de oro, un semblante del hogar lejano!... No sería sorprendente que, en el momento en que alguien los recogía, vertiera alguna lágrima repentina o que alguna ramita reposara aún entre las hojas de un diario íntimo de aquella época. ¡Y qué abundancia de rosas por todas partes durante todo el año! ¡Qué variedad de jazmines!, desde el profuso Jazmín del Cabo, grande y blanco, hasta el azul Jazmín del Cielo y el menudo y fragante Jazmín de Leche, de modestas flores y perfume delicado.

Corrientes es el paraíso de las flores. Muy a menudo, los pobladores de corazón y manos generosas les hacían llegar flores a montones a las norteamericanas, sobre todo en el día del santo, que por lo general coincidía con el del cumpleaños entre los argentinos. Ese día se veía que muchos sirvientes se dirigían hacia la casa de la agraciada con una bandeja de flores y un regalo, a veces de mucho valor, en el centro, todo cubierto por un cuadrado de encaje tejido a mano por las mujeres del lugar. Al final de un día así, las habitaciones de las norteamericanas parecían las de una novia durante su boda: colmadas de regalos, de flores y de visitantes llegados para desearles muchas felicidades en el año venidero.

Estos amables sentimientos de simpatía no sólo se manifestaban para los días de su cumpleaños, sino también para el 4 de julio, fecha en que las maestras recibían flores, frutas, pasteles, mensajes y telegramas. Cada uno de los cursos de la

Escuela Normal inscribía un mensaje alusivo en una tarjetita que luego era atada a otras con cintas blancas, rojas y azules. Los correntinos, además de amigos generosos, sinceros y hospitalarios, eran famosos por su patriotismo y por su firme lealtad hacia los que consideraban sus derechos y por su disposición a luchar en cualquier momento en defensa de sus principios. Ésta fue la causa de muchas revoluciones en épocas pasadas.

Pasaron dos años con rapidez. Las norteamericanas, entretanto, se sentían cada vez más familiarizadas con su nueva vida y su trabajo, hablaban el idioma con mayor fluidez , se habían encariñado con sus encantadores alumnos y habían hecho muchos amigos. En ese momento llegó un decreto del ministro de Educación por el que se disponía el envío de una de las dos a Córdoba. Sus servicios como vice-directora y regente resultaban más necesarios en esta ciudad, donde era necesario reemplazar a una maestra compatriota que se había casado con el director del Observatorio Astronómico. Otra norteamericana había estado a cargo de la escuela desde su organización, que databa de dos años.

La tarde en que debía partir hacia el nuevo destino, gran número de vecinos, alumnos y maestros la acompañaron hasta la costa, donde la aguardaba el bote de remo que la llevaría hasta el vapor. Los saludos de despedida, amistosos y acongojados, fueron acompañados de flores, frutas y regalos, según era costumbre. Con gran dolor se alejó la maestra de aquellos buenos corazones que, a pesar de ser extranjera y desconocida, la habían recibido como a una hermana y le habían brindado su afecto más sincero.

De este modo se separaron en Corrientes las dos amigas. La que se marchaba gozó de un apacible viaje de tres días hasta Rosario, a lo largo de las resplandecientes aguas del Paraná, el de la "faz de perlas", según las palabras de un poeta argentino que le ha cantado. Desde dicha ciudad, y luego de una jornada de tren, arribó a Córdoba, situada lejos del río. Esa noche, no bien pasado el crepúsculo, se encontró con su nueva compañera, un nuevo escenario y el nuevo año de trabajo por delante.

La maestra que permaneció en Corrientes llegó a ser

más tarde directora de la Escuela Normal y realizó, como tal, una labor muy exitosa. Sin embargo, después de algunos años, se vio obligada a retirarse por razones de salud y volvió a su propio país, muy amada y echada de menos por los correntinos.

(De *In Distant Climes and Other Years*.)

Cecilia Grierson

Una médica argentina en Europa